

843

B.

PQ 2163

C30

56



**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

**CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:**

**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS**

PROSPERIDAD Y RUINA

DE

CÉSAR BIROTHEAU

PERFUMISTA

TENIENTE ALCALDE DEL SEGUNDO DISTRITO DE PARÍS

CABALLERO DE LA LEGIÓN DE HONOR, ETC.

I

CÉSAR EN SU APOGEO

En las noches de invierno, sólo un instante cesan los ruidos en la calle San Honorato; los hortelanos, yendo al mercado, prosiguen el movimiento de los coches que regresan de los teatros ó de los bailes. Durante ese compás de espera en la gran sinfonía parisiense, hacia la una de la madrugada la esposa de César Birotheau, perfumista, establecido cerca de la plaza Vendôme, despertó sobresaltada por una espantosa pesadilla. Se había visto, en sueños, andrajosa, levantando con mano seca y arrugada, el pestillo de su propia tienda, donde á su vez estaba también ella misma, como de costumbre, detrás del mostrador; era su voz la que pedía limosna en latmoso estado, y era ella la que veía su imagen en la puerta, desde un sillón donde siempre se sentaba.

Quiso agarrarse á su esposo, y su mano encontró solamente los lienzos fríos. El espanto adquirió entonces tal intensidad que la pobre señora, sintiendo petrificada su garganta, no pudo siquiera dar una voz; quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos y fijos, el cabello erizado, los oídos llenos de rumores incomprensibles, el corazón oprimido y palpitante, sudando con angustia y helándose á un tiempo, en una alcoba cuya puerta estaba de par en par.

El miedo es un fenómeno mitad morbífico, y oprime con tanta violencia el mecanismo humano, que determina en sus facultades, repentinamente, ó sus mayores energías, ó su absoluta desorganización.

La fisiología no pudo explicarse durante mucho tiempo este fenómeno, que trastorna sus sistemas y desmiente sus conjeturas, aunque sencillamente no sea otra cosa que la conmoción de un chispazo producido en el interior, pero, como todos los accidentes eléctricos, variado y caprichoso en sus manifestaciones. Esta explicación será corriente cuando los sabios reconozcan el oficio importante que desempeña la electricidad en el pensamiento humano.

La señora de Birotteau padeció entonces las alucinaciones que traen consigo esas terribles descargas de la voluntad, contraída ó diseminada por un mecanismo desconocido.

Así, durante un espacio de tiempo, muy corto midiéndolo con el horario de nuestros relojes,

pero inmensurable según sus rápidas y múltiples impresiones, aquella pobre mujer emitió más ideas, hizo surgir más recuerdos que, en el funcionamiento regular de sus facultades, hubiera concebido en un día entero. La sustancia dolorosa de aquel monólogo puede resumirse en algunas frases absurdas, contradictorias y desprovistas de sentido, como se ofrecieron:

— ¡No hay motivo que justifique la ausencia de Birotteau! Comió demasiada carne, ¿le habrá hecho daño? Pero sintiéndose mal, me hubiera despertado. En diez y nueve años que dormimos juntos en este mismo lecho, en esta misma alcoba, ni una vez se levantó sin advertírmelo; ¡pobre cordero! Sólo trasnocha cuando está de guardia... Pero ¿se acostó ayer conmigo? Sí, sí... ¡Virgen santa! ¡parezco tonta!

Vió el gorro de dormir, que aún conservaba la forma casi cónica que adquiría puesto en la cabeza de su esposo.

— ¿Habrá muerto? ¿Se habrá matado? ¿Por qué? prosiguió. Desde que le nombraron teniente alcalde, hace dos años, está *no sé cómo*. ¿No es una compasión que le metan á gobernar? Sus negocios marchan bien; me ha regalado un chal. ¿Estaremos arruinados? Procuraré saberlo. ¿Quién sabe lo que piensa un hombre? ¿ni lo que piensa una mujer? ¿No vendimos por valor de cinco mil francos? Además, no se suicida un teniente alcalde así como así; conoce las leyes. Pero ¿adónde habrá ido?

No podía volver siquiera el cuello, ni estirar el brazo hasta el cordón de la companilla que hubiera despertado á una cocinera, tres dependientes y un mozo de almacén. Presa de la pesadilla que aún la obsesionaba despierta ya, olvidó que su hija dormía tranquilamente junto á su alcoba, en una habitación cuya puerta se abría á los pies de la cama. Creyó al fin poder gritar « ¡Birotteau ! » y nadie respondía; resonaba en sus oídos aquel nombre, pero sólo consiguió pronunciarlo mentalmente.

— ¿Tendrá una querida? No es capaz de hacer eso, y me quiere mucho. ¿No le dijo á la señora Roguin que nunca, ni de pensamiento, me había sido infiel? Es la honradez personificada ese hombre. Si alguien merece la gloria del cielo, es él. ¿De qué puede acusarse cuando se confiesa? de inocentadas. Para ser tan realista, y no sabe por qué lo es, no hace muchos alardes religiosos. ¡Pobrete! á las ocho de la mañana va de tapadillo á misa, como si fuese á una casa de placer. Tiene temor de Dios, por Dios mismo; el infierno le apura poco. ¿Una querida? no es posible; casi no se aparta de mí, casi me aburre verle siempre cogido á mis faldas. Me quiere más que á las niñas de sus ojos. En diez y nueve años, ni una sola vez me ha levantado la voz. Me quiere más que á su hija. Pero, Cesarina está cerca... (¡Cesarina! ¡Cesarina!) Birotteau no ha dejado nunca de comunicarme sus pensamientos. Con razón decía, yendo á verme á *el Marinerito* que sólo un roce conti-

nuo hace que se conozcan á fondo las gentes. Y desde entonces... Pero, lo de hoy es extraordinario.

Volviendo con gran trabajo la cabeza, miró furtivamente á través de su habitación llena entonces de los pintorescos efectos nocturnos que son la desesperación del narrador y parecen reservados á los pinceles de los pintores de género. ¿Dónde hallar palabras que indiquen las medrosas oscilaciones de la sombra, las apariencias fantásticas de los cortinajes, hinchados por el aire, los juegos de la incierta luz proyectada por una lamparilla en los pliegues de la percalina roja, los reflejos de un alzapuño dorado, cuyo centro rutilante semeja el ojo de un ladrón, un vestido ahuecado, en fin, todas las extrañezas que aturden la imaginación cuando sólo tiene fuerzas para sentir y agigantar las amarguras? La señora de Birotteau creyó ver una intensa luz en el gabinete contiguo á su alcoba, y de pronto imaginó un incendio; pero, fijando los ojos en un pañuelo carmín que le parecía un charco de sangre, los ladrones la preocuparon exclusivamente; sobre todo, cuando quiso descubrir vestigios de lucha en la manera como estaban colocados los muebles. Recordando las cantidades que había en la caja, un temor generoso extinguió los fríos ardores de la pesadilla; saltó de su lecho espantada, en camisa, y corrió al gabinete contiguo para socorrer á su esposo, al que suponía en lucha con los asesinos.

— ¡Birotteau! ¡Birotteau! gritó entonces con la voz angustiada.

El perfumista estaba midiendo las paredes, tan poco abrigado por su bata de percal verde con lunares de color de chocolate, que el frío le amarraba las piernas; pero Birotteau no lo sentía, tan preocupado estaba.

Al volverse para decirle á su mujer: « ¿Qué quieres, Constanza? » su expresión, como la de los hombres distraídos por sus cálculos, era tan exorbitantemente abobada que la señora soltó la risa.

— Dios mío, César. ¿Qué rarezas te ocurren? ¿Por qué te levantas sin advertirme? A poco, muero de susto; ya no sabía qué pensar. ¿Qué haces aquí tan desabrigado? Vas á constiparte de mala manera. ¿Me oyes, Birotteau?

— Sí, mujercita mía, ya voy, contestó el perfumista entrando en su alcoba.

— Vamos, acércate para calentarte, y dime qué humorada tuviste, repuso la señora Birotteau, removiendo los tizonos que se apresuró á reanimar. Estoy helada. ¡Hice una torpeza saliendo en camisa! Pero pensé de verdad que te asesinaban.

El comerciante dejó su bujía sobre la chimenea, se envolvió en su bata, y fué á buscar, maquinalmente, un refajo de franela para su mujer.

— Toma, hija mía, cúbrete, dijo. Veintidós por diez y ocho, murmuró, continuando su monólogo, podemos hacer un salón soberbio.

— ¿Qué dices? Birotteau. ¿Quieres volverte loco? ¿Sueñas?

— No, mujercita, calculo.

— Para hacer tonterías, pudiste aguardar que llegase la hora de levantarnos, dijo ella atándose el refajo.

Y después de asomarse á la puerta del cuarto de su hija, prosiguió:

— Cesarina está dormida, no puede oírnos. Veamos, Birotteau, habla. ¿Qué te ocurre?

— Podemos dar un baile.

— ¡Dar un baile! ¿nosotros? Tú sueñas.

— No sueño, mujercita mía. Escucha: es necesario vivir con arreglo á la posición que se ocupa. El gobierno me pone en evidencia, pertenezco al gobierno; estamos obligados á estudiar su espíritu y favorecer sus intenciones desarrollándolas. El duque de Richelieu acaba de libertar la Francia. Según el señor de la Billardiére, los empleados que representan la villa de París deben obligarse, cada uno en el círculo de sus influencias, á celebrar ese acontecimiento. Hagamos gala de un verdadero patriotismo que avergüence á esos que se dicen liberales, á esos malditos intrigantes. ¿Eh? ¿Piensas que no siento el amor de mi país? Quiero probar á los liberales, á mis enemigos, que amar al rey es amar á Francia.

— Pero ¿cómo has de tener enemigos, tú, mi pobre Birotteau?

— Sí, sí, mujercita mía, tenemos enemigos. Y la mitad de nuestros amigos en el barrio son nuestros enemigos. Dicen todos: « Birotteau es el hombre de la suerte, Birotteau tiene pocos alcances, y, sin embargo, ahí le tenéis ya de teniente

alcalde; todo le sale bien. » Sí, todavía les aguarda otra sorpresa, porque has de saber antes que nadie que ya soy caballero de la Legión de honor: el rey firmó ayer mi nombramiento.

— ¡ Ah ! siendo así, dijo la señora de Birotteau enternecida, es preciso dar el baile; pero ¿ qué hiciste para que te dieran la cruz ?

— Cuando ayer me dió la noticia el señor de la Billardiére, prosiguió Birotteau algo turbado, también me pregunté, como tú me preguntas, cuáles eran mis méritos; pero, reflexionando, acabé reconociendo y aprobando esa decisión del gobierno. Por de pronto soy realista: me hirieron en San Roque, en vendimiario. ¿ No es algo haber defendido la buena causa, en estos tiempos ? Además, á juicio de algunos comerciantes, he desempeñado mis funciones consulares á satisfacción de todos. En fin, soy teniente alcalde, y el rey concede cuatro cruces al ayuntamiento de París. Habiendo examinado los merecimientos de los concejales que podían ser condecorados, el prefecto me puso el primero en la lista. Y estoy seguro de que el rey me conoce: gracias al viejo Ragon, le proveó de los únicos polvos de arroz que le gusta usar; nadie más que nosotros tiene la receta de los polvos de la difunta reina, ¡ la muy amada y pobre augusta víctima ! El alcalde me apoyó con mucha energía. ¡ Ya lo ves ! Cuando el rey me condecora sin pedírselo yo, no puedo negarme sin faltar á todas las conveniencias. ¿ Tuve ningún empeño por ser concejal ? Así, mujercita mía, pues vamos viento

en popa, como dice tu tío Pillerault cuando se alegra, estoy decidido á que todo en esta casa esté al nivel de nuestra fortuna. Si está de Dios que yo sea con el tiempo algo en el mundo, no me opondré á sus designios, admitiendo lo que me ofrezcan, una subprefectura, si tal es mi destino. Mujercita mía, cometes un error muy grave creyendo que un ciudadano pagó la deuda que todos hemos contraído con la patria, vendiendo á los que van á su tienda artículos de perfumería, durante veinte años. Si el Estado reclama el concurso de nuestras luces, no debemos negárselo, como no le negamos el impuesto mobiliario, el de puertas y ventanas, *etcétera*. ¿ Deseas acabar tus días detrás del mostrador ? Me parece que bastante has vivido junto á él, á Dios gracias. El baile será nuestra fiesta. No más ventas al por menor, para tí, se entiende. Quemo el rótulo *la Reina de las Rosas*, borro el CÉSAR BIROTTEAU, PERFUMISTA, SUCESOR DE RAGON, y pongo, sencillamente ARTÍCULOS DE PERFUMERÍA, en grandes letras doradas. Tendremos en el entresuelo el escritorio, la caja y un lindo gabinete para tí. Haré almacén lo que ahora es trastienda, comedor y cocina; alquilaré el principal de la casa contigua, y abriremos una puerta de comunicación. Tendremos una casa grande, amueblada lujosamente. Sí; en tu gabinete, nuevo todo; reformado el tocador; y para Cesarina se arreglará un bonito cuarto. La dependiente que tomarás para el despacho, el dependiente mayor y tu doncella, ¡ sí, señora, tendrá usted doncella ! dormirán en



el segundo piso. En el tercero la cocina, la cocinera y el mozo de almacén. El cuarto será depósito de botellas, cristalería y porcelanas. El taller y laboratorio, en las bohardillas. Los transeúntes no verán pegar las etiquetas, hacer los cucuruchos, elegir las botellas, ni encorchar los frascos. En la calle de San Dionisio, podría pasar, pero en la de San Honorato hace mal efecto. Nuestro establecimiento debe ser elegante como un salón. Dime, ¿somos los únicos perfumistas que ocupan lugares honoríficos? ¿No hay comerciantes de vinagrillos y de mostazas, que son jefes de la guardia nacional y muy bien quistos en palacio? Imitémosles, ensanchemos nuestros negocios y, al mismo tiempo, metámonos en la más elevada sociedad.

— Birotteau, ¿sabes lo que se me ocurre oyéndote? Me haces el efecto de un hombre que proyecta imposibles. Acuérdate del consejo que te di cuando se trataba de hacerte alcalde: ¡tu tranquilidad es antes que todo! Tan á propósito eres tú para esas cosas como lo son mis brazos para aspas de molino. Tu encumbramiento será tu perdición. Para figurar en política hace falta dinero; ¿lo tenemos? ¡Cómo! ¿Quieres quemar el rótulo que nos costó seiscientos francos, y renunciar á *la Reina de las Rosas*, tu verdadero triunfo? Deja para los demás las ambiciones políticas. No metas las manos en el fuego; la política está que arde. Tenemos cien mil francos, además de la tienda, la fabricación y el almacén; si quieres aumentar nuestra fortuna, repite lo que hicimos en 1793: compra papel,

ahora que ha bajado á setenta y dos, y tendrás una renta de diez mil francos, aparte de tus negocios. Aprovecha la ocasión para casar á tu hija; luego traspasamos el comercio para retirarnos á tu pueblo. ¡Vaya! durante quince años no hás hablado más que de comprar *las Tesoreras*, aquella hermosa finca próxima á Chinón, y donde hay aguas, prados, bosques, viñas, corrales, que producen tres mil francos anualmente; una residencia que á los dos nos gusta y que podríamos adquirir aún por sesenta mil francos. ¿Y el señor quiere, ahora precisamente, ser algo en el gobierno? Acuérdate de lo que somos: perfumistas. Hace diez y seis años, antes de que inventases la *doble pasta de las sultanas* y el *agua carminativa*, si alguien hubiese dicho: « Reuniréis dinero bastante para comprar *las Tesoreras* », te hubiera parecido un sueño tanta felicidad. Pues bien; ahora puedes adquirir aquella finca tan deseada, que fué tu aspiración única, y tratas de malgastar en tonterías el dineroganado con el sudor de nuestra frente; y digo de *nuestra*, porque viví detrás del mostrador, como un perro en su caseta. ¿No vale más tener un apeadero en casa de tu hija, casada con un notario de París, y vivir ocho meses del año en Chinón, que hacer aquí del cobre plata y de la plata locuras? Espera el alza de los fondos públicos; puedes dar á tu hija ocho mil francos de renta, reservándonos dos mil para nosotros y lo que saquemos del traspaso bastará para adquirir *las Tesoreras*. Allí, en tu pueblo, llevando nuestros muebles, viviremos como

príncipes; mientras que aquí hace falta un millón para lucir algo.

— A eso quería venir yo á parar, mujereita mía, dijo César Birotteau. No soy tan simple (aunque tú me creas muy simple, ¡tú!) para no tenerlo calculado todo. Atiéndeme: Alejandro Crottat nos viene de molde para yerno; comprará la notaría de Roguin; pero ¿piensas que se contentará con cien mil francos de dote? Y eso, dándole todo nuestro capital reservado, cosa que tengo resuelta, pues me avengo á comer sólo pan duro en todo lo que de vida me quede, para verla bien casada, feliz como una reina, mujer de un notario de París, como tú acertadamente supones. Pues bien; cien mil francos, ó lo que es igual, ocho mil francos de renta, no bastan para comprar la notaría de Roguin. Alejandro nos considera, como todo el mundo, mucho más ricos de lo que somos. Si su padre, rico labrador y avaro como un caracol, no vende tierras por valor de cien mil francos, Alejandro no tendrá nunca la notaría de Roguin que vale cuatrocientos ó quinientos mil francos. Si Crottat no puede ofrecer la mitad al contado, el negocio es imposible. A Cesarina le hace falta una dote de doscientos mil francos, y quiero retirarme, además, con quince mil francos de renta. ¡Ea! si te lo hiciese ver claro como el sol, ¿serías razonable?

— ¡Ah! si tienes un Perú...

— Sí, lo tengo, mujercita mía. Sí, prosiguió, cogiéndola por la cintura y golpeándole suavemente la espalda, emocionado por un goce que animaba

sus facciones. No quise hablarte de ese negocio antes de que fuera seguro; pero, acaso mañana, lo dejaré ya concluído. Mira: Roguin me ha propuesto una especulación tan segura que Ragon y él, con tu tío Pillerrault y dos más de sus clientes entran á la parte. Vamos á comprar, á los alrededores de la Magdalena, unos terrenos que, según los cálculos de Roguin, obtendremos por un cuarto del precio que alcanzarán dentro de tres años, y, entonces, ya dueños absolutos, habiendo satisfecho el último plazo, podremos disponer libremente. Cada uno de los seis que intervenimos toma una participación acordada entre todos. Yo daré trescientos mil francos para disfrutar de tres octavas partes. Si alguno de nosotros necesita dinero, Roguin se lo facilitará hipotecando su lote. Para tener la sartén por el mango y freír á mi gusto la pesca, he conseguido aparecer como propietario de más de la mitad, representando así lo que les corresponde á Pillerrault y al bueno de Ragon. Roguin estará representado por un Carlos Claparon, mi copropietario, que dará, como yo, un documento particular á sus socios. Las escrituras de compra se irán haciendo en documentos privados, compromisos de venta para hacerlos firmes cuando podamos acaparar todos los terrenos. Roguin examinará los contratos que deban formalizarse, porque no está seguro de que podamos evadirnos de registrar las propiedades, para que paguen los derechos de transferencia los que nos comprenden luego solares aislados; pero esto sería largo de contar. Una vez

pagados los terrenos, no queda otra cosa que hacer sino cruzarse de brazos y esperar que pasen tres años para encontrarnos millonarios. Cesarina tendrá veinte años para entonces, habremos vendido ya la perfumería, y nos iremos en gracia de Dios, modestamente, á gozar de nuestra prosperidad.

— Sí; pero ¿de dónde sacarás los trescientos mil francos? dijo la señora de Birotteau.

— No entiendes nada en estos negocios, mujercita mía. Daré los cien mil francos que tenemos depositados en la notaría de Roguin, tomaré un préstamo de cuarenta mil francos, con la garantía de las construcciones y jardines de nuestras fábricas en el arrabal del Temple; tenemos, además, veinte mil francos en caja. Faltan ciento cuarenta mil francos, para los cuales firmaré letras á la orden de Carlos Claparon, banquero, que las descontará. Ya tienes los trescientos mil francos pagados: *mientras no llega el vencimiento, no se debe nada*. Y, á medida que venzan las letras, las iré recogiendo con las ganancias de la perfumería. Si no pudiéramos hacerlo así, Roguin me daría el dinero al cinco por ciento con hipoteca de mi parte de los terrenos. Pero no hará falta recurrir al préstamo; he descubierto un específico para hacer salir el pelo, un *aceite de avellanas*. Livingston me ha instalado en las fábricas una prensa hidráulica para fabricar mi aceite con avellanas que, sometidas á mucha presión, darán grandes rendimientos. En un año, según mis probabilidades, habré ganado cien mil francos, por lo menos. Estoy discurriendo un

anuncio, de prodigioso efecto, que debe comenzar así: *¡Abajo las pelucas!* Tú no reparas en mis desvelos: hace tres meses que apenas duermo, pensando en el *aceite de Macassar*. Quiero vencer al Macassar.

— ¿Son éstos los proyectos que revuelves en tu magín hace muchos días, y no me los comunicabas? Yo acabo de verme como una mendiga, pidiendo limosna á mi propia puerta. ¡Qué aviso del cielo! Durante algún tiempo, sólo nos quedarían los ojos para llorar. Pero tú no harás lo que dices, mientras yo esté aquí para impedirlo; ¿me oyes, César? Descubro en todo eso marrullerías de que no te das cuenta; eres demasiado bueno y demasiado leal para suponer á los otros capaces de la estafa que adivino. ¿Por qué vinieron á ofrecerte millones? Te despojas de todo tu capital, y aun te comprometes en otro tanto; y si tu *aceite* no gusta, y si no encuentras dinero, y si después no se venden esos terrenos, ¿cómo pagarás las letras aceptadas? ¿con los cascarones de tus avellanas? Para encumbrarte entre la buena sociedad, no quieres que la muestra de tu casa luzca tu nombre; vas á suprimir *la Reina de las Rosas*, y estás proyectando ya llamativos carteles y prospectos que repetirán el nombre de César Birotteau en todas las esquinas y en todas las empalizadas.

— ¡Oh! tú no estás enterada. Tendré una sucursal con el nombre de Popinot en alguna casa próxima á la calle de los Lombardos, á cargo de Anselmo. Así, pagaré la deuda de agradecimiento

contraída con Ragon y su señora, estableciendo á su sobrino, que podrá hacer fortuna. Esa pobre familia de Ragon me hace cara de hallarse muy miserable de algún tiempo acá.

— Esas gentes no desean otra cosa que pescar tu dinero.

— Pero ¿qué gentes, mujercita mía? ¿Acaso tu tío Pillerault, que nos quiere como á sus propias entrañas y viene á comer con nosotros todo los domingos? ¿Acaso el bondadoso y anciano Ragon, nuestro predecesor, que acredita cuarenta años de negocios limpios y que juega con nosotros al boston? ¿Acaso Roguin, un notario de París, un hombre de cincuenta y siete años, que lleva ya veinticinco en su notaría? Un notario de París sería la espuma de la honradez, si las gentes honradas no valieran todas lo mismo. ¡En caso de apuro, mis socios me ayudarán! ¿Dónde has visto esa estafa? Es preciso que yo te diga lo que te ocurre: no te lo dije nunca, pero lo veo constantemente y no me lo dejas olvidar. ¡Eres recelosa como una gata! En cuanto hemos tenido cuatro cuartos, los parroquianos te parecían ladrones, desconfiabas de todos. ¡Hay que ponerse de rodillas á tus pies y suplicarte que te dignes consentir que te enriquezcan! Para ser nacida en París, tienes poca ambición. Sin tus perpetuos temores, no hubiese habido un hombre más dichoso que yo. Haciéndote caso, no hubiera fabricado nunca la *pasta de las sultanas* ni el *agua carminativa*. Nuestra tienda nos hizo vivir, pero á esas dos invenciones debemos

los ciento sesenta mil francos de capital neto. Sin mi decisión, porque yo como perfumista sé lo que hago, seríamos aún unos tenderos al pormenor y viviríamos á salto de mata y no figuraría yo entre los notables negociantes que concurren á la elección de jueces en el tribunal de comercio; ni me hubieran nombrado nunca juez ni concejal. ¿Sabes lo que yo sería? Un tendero, como lo era el viejo Ragon, sea dicho sin ofender á nadie, porque respeto las tiendas, entre otras cosas atendiendo á que nos enriquecen surtiéndose de nuestros productos. Después de vender perfumes durante cuarenta años, tendríamos, como él tiene, tres mil francos de renta; y, con los precios que alcanzaron las cosas, pues el valor de todo se ha duplicado, vivíamos, como ellos, á duras penas. (De día en día compadezco más á esa pobre familia. Es preciso que yo sepa á qué atenerme, y mañana mismo Popinot me dirá lo que haya de cierto.) Siguiendo tus consejos, inspirados en la angustia que no te deja disfrutar de nada, temerosa de que te falte lo necesario, ni tendríamos crédito, ni me hubieran dado la cruz de la Legión de honor, y no estaría yo á punto de ser un hombre político. Sí; por más que te quiebres la cabeza, si nuestro asunto se realiza, puedo llegar á ser diputado por París. ¡Ah! no en vano me llamo César: ¡todo me sale á pedir de boca! Es incomprendible; la gente de fuera me reconoce talento, y en casa la única persona á quien deseo agradar, aquella por cuya dicha me afano, es precisamente la que me juzga tonto.